

Algo que contar

Jorge Serrano Celada

Decenas de miradas, que podrían ser miles en mi imaginación presa del miedo escénico, esperan que comience a leer. Mi pulso se desboca hasta hacer temblar la mano con la que sujeto las cinco hojas que componen el relato.

«Cálmate, ya sabías a lo que venías.»

Eso es cierto. Pienso en lo que tengo que contar y me doy cuenta de que aún me cuesta asimilarlo. «Saldrá como tenga que salir.», me digo a mí mismo y esas mismas palabras resuenan en mi cabeza una y otra vez.

Contemplo los cientos de libros que nos rodean y me estremezco al pensar en la cantidad de historias atrapadas en ellos. Me pregunto si en todos ocurrirá lo mismo o si sólo serán parte del atrezzo. Me fijo en la mujer del vestido negro, la del cartel promocional que llamó mi atención el primer día que acudí al taller de escritura que hace que hoy esté aquí. Siempre me ha gustado imprimir algo de oscuridad en mis historias, ahora me pregunto cuánto daño he podido hacer.

Varias personas tosen con impaciencia. Algunos aún dan cuenta de lo que queda de las bebidas y los bocadillos que la librería ha repartido en celebración por su sexto aniversario.

Noto detrás de mí la mesa sobre la que tantas veces he sido cómplice de aprisionar historias de manera indiscriminada y decido apoyarme en ella, para, un segundo más tarde, recordar que no es tal, sino una tabla sobre dos caballetes que ceden sin dificultad ante mi peso. Sorprendido me pongo en pie antes de caer al suelo, lo que no evita ciertas risas de fondo.

Por fin llega el momento y mi voz, algo nerviosa, deja salir las palabras que tantas veces he releído:

«Decenas de miradas, que podrían ser miles en mi imaginación presa del miedo escénico, esperan que comience a leer. Mi pulso se desboca hasta hacer temblar la mano con la que sujeto las cinco hojas que componen el relato.

“Cálmate, ya sabías a lo que venías.”

Eso es cierto. Pienso en lo que...»

Como una grabación reciente, mi relato recoge los últimos instantes de los que aquí estamos. A medida que voy leyendo percibo el asombro que va desfilando entre los asistentes. Algunos sonrían ante lo que consideran una curiosa propuesta, otros, en cambio, dudan acerca de mi cordura.

Poco a poco mi tono va cogiendo el ritmo, como el motor de un coche a medio rodar, y llego a la parte más importante en la que se me oye decir:

«Sorprendido me pongo en pie antes de caer al suelo, lo que no evita ciertas risas de fondo.

Por fin llega el momento y mi voz, algo nerviosa, deja salir las palabras que tantas veces he releído:

“Decenas de miradas, que podrían ser miles en mi imaginación presa del miedo escénico, esperan que comience a leer. Mi pulso se desboca hasta...”»

En mi relato, si es que se le puede llamar así, aparezco yo, de pie en la misma sala de la misma librería en la que ahora estamos, rodeados por los mismos libros, vigilados por el mismo galeón de madera, y leo que yo leo en un bucle infinito.

Cuando termino, antes que mis «yo» equivalentes, que continuarán haciéndolo en el interior, cada vez más profundo —leo que leo que leo—, de la paradoja literaria que acabo de crear, estoy convencido de que los que antes dudaban de mi cordura ahora están seguros de que estoy loco del todo.

Veo en sus caras que la mayoría no cree en la repercusión de lo que les acabo de contar y casi me alegro por ello.

Lo que empezó como un juego inocente, escribir un cuento dentro de otro cuento que se repite sin fin, se convirtió en una cruel revelación.

Hice otros ejercicios similares. En uno de ellos, en vez de introducir un prelude de sólo unos minutos, como he hecho ahora, lo hice de más de cincuenta años, cuando yo todavía no había nacido. Como aquí, el bucle de la historia comenzaba —o terminaba— con mi «yo» leyendo lo que acababa de escribir. Ni que decir tiene que los acontecimientos que allí incluía eran totalmente inventados, de igual forma que en el relato que acabo de leer. Una investigación posterior me permitió confirmar como verídicos algunos de los sucesos que había plasmado y de los que no tenía conocimiento alguno.

Sólo hay una explicación para todo esto. Como si estuviéramos en uno de esos laberintos de espejos, miramos el sinfín de «yos» reflejados ante nosotros y creemos ser los auténticos, pero no es así.

Mi relato no empieza conmigo leyendo, empieza con otro «yo» por encima de mí que lee que yo leo, o, quizás con otro por encima que lee que mi otro «yo» lee que yo leo.

¿Quién sabe dónde empieza o termina esto?

Vuelvo a mirar los libros y otra vez pienso en todos los personajes encerrados en ellos. Es probable que igual que nosotros sólo sean producto de alguna mente enferma.

Lo único que ya me pregunto es de cuántas páginas será nuestro libro.